

LECCIÓN 24.^a UN ORIGEN TURBIO Y UNAS LECCIONES QUE APRENDER

1. El futurismo de la Contrarreforma

No sólo en el siglo xvi, sino a lo largo de toda la Edad Media, los reformadores de todos los países solían aplicar a la Roma papal la mayoría de las profecías bíblicas sobre el Anticristo. De las filas de los jesuitas, creados expresamente para la batalla contra la Reforma, surgieron dos hombres decididos a levantar el estigma que los teólogos reformistas del medievo, y en especial los reformadores del siglo xvi, habían colocado sobre el Vaticano. Para ello decidieron interpretar los textos correspondientes de tal manera que no pudiesen aplicarse a ningún momento ni lugar de aquella época y, por añadidura, que fuera imposible relacionarlos con la Roma papal. La Contrarreforma estaba empeñada, no sólo en atacar a la Reforma, sino á las mismas bases de la posición profética sostenida unánimemente por todos los reformadores. La respuesta fue doble, y aun contradictoria: por un lado la escuela futurista, ideada por Francisco Ribera de Salamanca y utilizada especialmente por Belarmino. Por otro lado la escuela de interpretación pretérita, también de otro español, Luis del Alcázar, que es la que, con algunas variaciones, adopta mayormente el Catolicismo hoy. En la tesis de Alcázar los textos proféticos y, sobre todo, el libro del Apocalipsis tratan de hechos acaecidos ya en el pasado, en los días de la naciente Iglesia, en la Roma de los emperadores, la perseguidora de los primeros confesores de la fe. Por tanto, no puede aplicarse a la Roma del siglo xvi. Ribera, por el contrario, lanza el cumplimiento de los textos proféticos al lejano futuro, justo al momento que precederá al final de la Historia. La gap theory (la del «paréntesis de la Iglesia») hallaría aquí una mina de sugerencias incalculable.

2. Decisiva intervención del jesuíta Lacunza

El futurismo que en el siglo xvi sirvió al jesuita Francisco Ribera (1537-1591) de Salamanca, y al también jesuíta y famoso cardenal italiano Roberto Belarmino (1542-1621), para contrarrestar los ataques de los reformadores en torno al tema del Anticristo,¹⁷ volvió a cobrar cierto interés por medio de otro jesuita, a comienzos del siglo xix, Manuel Lacunza (1731-1801), quien escribió bajo el seudónimo de Juan Josafat Ben Ezra, y era oriundo de Santiago de Chile. Su obra, titulada *La Venida del Mesías en Gloria y Magostad* (sic), fue condenada por el índice *Librorum Prohibitorum* en 1824. Pero fue precisamente entonces cuando comenzó su influencia en ciertos ámbitos exaltados del protestantismo inglés. El libro de Lacunza conmovió profundamente a Edward Irving y halló pronto amplia circulación a través de la versión inglesa que el mismo Irving realizó en 1826, así como en la Conferencia Profética de Albury Park del mismo año.¹⁸

Lacunza tenía en común con Ribera la orientación futurista de su interpretación profética, aunque difería de éste en ciertos puntos que le valieron la prohibición de su libro. Para Lacunza, todas las profecías no cumplidas en la primera venida del Señor se cumplirían en la segunda venida premilenial. A diferencia de Ribera, no veía en el Anticristo a un individuo, sino al «cuerpo moral» de la apostasia que se encarnaría en la Iglesia —el templo de Dios, según Lacunza— al término de la presente dispensación. Con relación a su propia Iglesia, sus principios eran revolucionarios: el Anticristo colectivo (los cristianos infieles) sería destruido al comienzo del milenio, que él colocaba en un futuro cercano (no lejano, como Ribera), porque creía en la inminente venida del Señor, venida premilenial con resurrección general de los impíos al final del milenio. Las diferencias entre Ribera y Lacunza se explican por las épocas distintas en que vivieron, aparte de aspectos de talante personal.

Los seguidores de Lacunza en Inglaterra (Irving, Maitland, etc.) prestaron, sin embargo, más atención a la corriente futurista del sistema de este Jesuita sudamericano que al concepto del Anticristo como «sistema de apostasia» entendido en el sentido de la Edad Media y de los

reformadores del siglo xvi. Dicho radicalismo futurista, que recogía, en realidad, la herencia de Ribera y Belarmino y que era parte de la formación teológica de Lacunza, es lo que más impacto hizo en Irving y otros seguidores y lectores que tuvo el citado jesuita en la primera mitad del siglo xix en Inglaterra y en Estados Unidos. Además, el hecho de que Lacunza hubiese tenido dificultades con la Curia de Roma y de que su libro fuese Puesto en el índice de Libros Prohibidos, despertó la compasión y la simpatía de los protestantes en general.

3. Irving, Maitland, Newman

Edward Irving (1792-1834) fue, ante todo, un brillante orador que cautivaba a las masas. La figura de este escocés, famoso por su ministerio en la célebre capilla de la «Regent Square Presbyterian Church» de Londres, no sólo es interesante desde el punto de vista de la historia de las interpretaciones proféticas, sino que resulta mayormente importante por haber dado origen a uno de los primeros movimientos «carismáticos» de los últimos siglos, el denominado «Iglesia Apostólica», que suscitó no sólo curiosidad por sus puntos de vista proféticos, sino por lo que sus discípulos creían era una vuelta a los dones de la primitiva Iglesia: dones de lenguas, de sanidades, revelaciones nuevas, etc.

Parece ser que los seguidores de Irving fueron mucho más exaltados que él. Bien sea por una mala entendida prudencia pastoral, o porque creía también que aquellas voces, aquellos gritos y aquellos fanatismos crecientes eran la voz del Espíritu, lo cierto es que Irving —aunque personalmente nunca habló en lenguas ni asumió poderes curativos— se dejó arrastrar por el impulso que él había iniciado. Lo más grave, no obstante, es que tuvo por «revelaciones celestiales» una serie de premisas proféticas que, tomadas como de origen divino, llegaron a ser indiscutibles. Así, el entusiasmo profético y el carismático se dieron cita en aquel movimiento que acabó por considerar como tibio al propio Irving.

Después de Irving fue Samuel R. Maitland (1792-1866), anglicano, quien más contribuyó a la prehistoria del dispensacionalismo. Fue el primer autor protestante que aceptó la interpretación que del Anticristo diera Ribera. Nadie como él difundió tanto el sistema futurista de interpretación en las filas del clero anglicano. Maitland intervino en los debates de su tiempo acerca de la profecía, y escribió varios libros. Al mismo tiempo, sintió un gran interés por los judíos, y en 1828 realizó un largo viaje a través de Francia, Alemania, Prusia, Rusia y Polonia, para entrar en contacto con las juderías de todos esos países. Decía que le preocupaba grandemente la conversión de los hebreos; pero lo que se deduce de sus obras es que, más que influir él en los hebreos, fueron éstos —y sus sistemas talmúdicos de leer el Antiguo Testamento— los que dejaron profunda huella en su modo de pensar.

A los nombres de Irving y Maitland (así como de Todd y Burgh) debemos añadir el del famoso J. H. Newman, también anglicano como Maitland, Todd y Burgh, y que se convertiría después al Catolicismo, llegando a ser cardenal. El llamado «Movimiento de Oxford» alcanzaba su punto álgido en 1833. Sus objetivos eran hacer menos «protestante» la Iglesia de Inglaterra, puesto que la Reforma era considerada por los secuaces de este Movimiento como un «lamentable cisma». Naturalmente, adoptaron el punto de vista futurista del estudio profético en general y del Anticristo en particular. Ribera fue resucitado y vindicado en el camino abierto por Maitland, etc.

Así, a mediados del siglo xix los expositores anglicanos se dividían en dos grupos principales por lo que atañe a la interpretación profética; por un lado, los que se inclinaban hacia Roma: y otros, arrastrados por premisas racionalísticas, se alejaban tanto del sector evangélico como del romanizante. Pero ambos —tal vez inconscientemente— ayudaron a la difusión del esquema de Ribera. Este esquema, además, se unía inseparablemente a los esfuerzos del «Movimiento de Oxford», que distribuyó cientos de miles de folletos en favor de Roma y desautorizando la interpretación protestante tradicional.

4. De Irving a Darby

El dispensacionalismo surge ya con historia propia en la sistematización que recibió en las conferencias del Castillo de Powerscourt, en Irlanda. A algunas de estas conferencias asistieron el mismo Irving y algunos de los «Hermanos», y no es de extrañar que —como señala Iron-side, dispensacionalista¹⁹— que las novísimas doctrinas del «arrebatación de la Iglesia» fueran sacadas a relucir. La mención a los Hermanos —el llamado, en sus orígenes, movimiento de los «Plymouth Brethren»— es inevitable. Se ha escrito mucho sobre la relación entre el dispensacionalismo y ellos. Pero la idea generalizada de que fueron las Asambleas de Hermanos las que dieron origen a este nuevo sistema escatológico es del todo errónea. Incluso un dispensacionalista tan destacado como Ryrie tiene que admitir que «ni Darby ni los Hermanos originaron los conceptos comprendidos en el sistema».²⁰

Ahora bien, entre los asistentes a las conferencias de Powerscourt se encontraba John Nelson Darby, uno de los fundadores del movimiento de los «Hermanos de Plymouth», quien recibió el impacto de la predicación de Irving y sus discípulos. Ciertamente, los «Hermanos» constituyen un movimiento muy diferente del de los «Irvingitas», pero es un hecho que algunos de sus principales líderes recibieron indirectamente la influencia de las ideas proféticas de Irving en las conferencias de Powerscourt y mediante los libros que sobre temas proféticos circulaban con profusión en aquellos días, atizados por la fiebre de curiosidad y el proselitismo de la escatología futurista, literalista y judaizante de moda.

A todo esto, entre los irvingitas cundían los entusiasmos carismáticos. Se hablaba de dones de sanidad en Escocia, así como de la restauración del don de lenguas y otros acontecimientos tenidos por sobrenaturales. La congregación de Londres pastoreada por Irving dio un informe favorable acerca de lo que ocurría en el norte del país. Pero no así Darby, ni Wígran, quienes siguiendo la sugerencia de Newton —como nos lo cuenta F. Roy Coad²¹— «habían investigado estos "dones" en el curso de varias visitas que hicieron al lugar donde primeramente se dieron, en Escocia, y los rechazaron». Pero, paradójicamente, Darby no lo rechazó todo, pues se trajo de Port Glasgow la «revelación» de Margaret McDonald.

¿Por qué no dejó constancia nunca Darby de la fuente de sus ideas proféticas específicas? La explicación es muy sencilla: habrían sido juzgadas más críticamente si de buenas a primeras hubiese admitido que las había recibido de Port Glasgow, cuyas manifestaciones eran unánimemente rechazadas por todas las Asambleas.²²

5. Algunas lecciones que debemos aprender

Esta breve historia de los orígenes de la escatología díspensacional arroja algunas lecciones importantes que haríamos bien en meditar, pues también a nosotros nos afectan:

A) La gran importancia del fundamento teológico, de unas buenas y sólidas bases bíblicas para edificar el Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia. Sólo si existe tan apoyatura podemos tener alguna seguridad de que es el Señor quien edifica la casa. De lo contrario —como pasó a todas esas gentes que han desfilado a lo largo de las páginas de esta lección—, podemos estar viviendo de ilusiones, sin percatarnos de ello. Y lo que es peor, la calidad bíblica de otras partes de la construcción teológica acaba por resentirse gravemente, porque el edificio de la verdad revelada es un todo indivisible, y jamás alteraremos un punto sin que se resienta el conjunto de la edificación.

B) La importancia insustituible de tener opiniones pro-pías; de saber lo que creemos y por qué lo creemos. Muchos aceptan ciertos postulados sin discernimiento bíblico, sin examen previo, porque sí. ¿Somos todavía el pueblo del Libro, la Iglesia de la Palabra, o simplemente seguimos algunas tradiciones denominacionales?...

C) La importancia de mantener el equilibrio entre cielo y ciencia. Las palabras de Pablo a los romanos (10:2) valen para muchos de aquellos exaltados del siglo pasado tanto como para algunos del nuestro. No hay que fiarse de los meros impulsos del corazón. Como escribía el profeta Jeremías hace tantos siglos, el corazón puede resultar engañoso.²³ Debemos estar alerta para que nuestras experiencias no cobren tal importancia que pretendan «iluminar» la misma Palabra de Dios; antes al contrario, hemos de buscar el ser iluminados y guiados por ella. El Espíritu no obra si no es a través de su Palabra. (V. Ef. 6:17.)

No vamos a juzgar aquí la buena fe ni de Margaret, ni de Darby, ni de nadie. Dios es el único que tiene derecho a examinarnos. A nosotros nos toca simplemente desconfiar de la simple «buena fe», porque no es suficiente para establecer las bases de la verdad divina. Con la mejor buena fe del mundo, miles de personas yerran y se extravían al negarse al escrutinio que la Palabra de Dios haría en sus corazones. Espero encontrar a Margaret en el cielo, pero ello no es obstáculo para que admita objetivamente su verdadero estado, tanto espiritual como psicosomático-Y de este reconocimiento sacar las oportunas lecciones.

Notas:

17. Dice la edición inglesa de la Enciclopedia Católica, vol. L p. 598: «Para los reformadores, el libro del Apocalipsis muy particularmente era una fuente inagotable adonde ir en busca de invectivas que poder lanzar contra la jerarquía romana. Las siete colinas de Roma, los lujosos atuendos de color escarlata, de los cardenales. y los desgraciados abusos de la corte papal, todo contribuía para facilitar una aplicación tentadora.»

18. M. Lacunza. *The Coming of Messiah. Preliminary Discourse* by the transl. by E. Irving (L. B. Seely and Son, London. 1827), 2 vols. (citado por L. E. Froom en *The Prophetic Faith of the Fathers*, vol. III, pp. 450-454. 519-520, 591.

19. En *A Historical Sketch of the Brethren Movement* (Zondervan, Grand Rapids, Michigan, 1942), p. 23.

20. O. c., p. 85. No obstante. Ryrie no hace mención de Irving ni de los condicionamientos teológicos y hermenéuticos que llevaron a las formulaciones típicamente dispensacionistas.

21. En *A History of the Brethren Movement* (The Paternoster Press, London, 1963), p. 63.

22. Para una más amplia información sobre todo este tema de los orígenes de la escatología dispensacionista, remitimos al lector a un libro que, sobre este importante asunto, y con el mismo título, aparecerá próximamente. (Ver nota al final)

23. La fe es siempre una obediencia, una respuesta (V. Jn. 7:17; 9:35; Hech. 7:5; 13:46; Rom. 1:5; 16:26; Ef. 2:5; 5:6; I.^a Ped. 3:20-21).

Nota: 'Orígenes de la escatología dispensacionista'; este libro fué prometido ya en el año 1977, pero por problemas de las editoriales (en su mayoría de corte dispensacionista) de todas formas será publicado por amigos cercanos a la familia (Antonio de Juan y Josué de Juan, en próximos años.)